

## **CARTA 5 Sobre el incapacidad de América Latina para alcanzar la necesaria equidad del poder mundial**

Mucho se habla en la actualidad de la “sociedad del conocimiento”, es decir de un tipo de sociedad que se alimenta del conocimiento y cuyo motor es el propio conocimiento. Pero el conocimiento producido en América Latina es marginal.

Es sabido que América Latina genera apenas alrededor del 3% de la producción científica mundial aparente, de acuerdo al criterio de las publicaciones indexadas. Brasil produce algo menos del 50% de la región, Argentina alrededor del 15% y Chile produce poco menos del 10%. Estados Unidos, por su parte, genera algo más del 35% de la producción científica mundial, unas 12 veces lo que produce América Latina, más de 25 veces lo que produce Brasil y unas 150 veces lo que produce Chile

Las inversiones en ciencia y tecnología, en investigación y en educación superior en la región también son muy bajas en relación a los países y las regiones más pujantes. Son bajas en porcentajes: nosotros gastamos aproximadamente el 0.5% del ingreso en tanto que aquellas gastan entre el 1.5 y el 2%, y mínúsculas en términos relativos, pues esas otras regiones poseen ingresos muy superiores a los nuestros (quien quiera conocer con detalle estos indicadores de producción y de gastos y los criterios con que se obtienen vea [www.ricyt.edu.ar](http://www.ricyt.edu.ar)).

¿Que significa estancamiento? Significa crecer poco o nada económicamente o crecer menos que los otros; significa aumentar la pobreza, la miseria la desnutrición o no salir de éstas rápidamente; significa no mejorar los indicadores de alimentación, salud, educación y producción en ciencia y tecnología o hacerlo más lentamente que otros; significa aportar a la cultura, a la ciencia y al conocimiento del mundo menos que otros y mucho menos que el 8% que deberíamos, en relación a la población que somos; significa estar estancados en los indicadores de poder: continuar teniendo menos peso en el poder mundial que nuestro porcentaje de población.

De hecho, si medimos el poder mundial en términos de presencia en el comercio, en la industria, en la producción de mensajes, en capacidad bélica y, sobre todo, en producción de ciencia y tecnología no alcanzamos siquiera el 4%. Es decir, poseemos menos de la mitad de poder que de población.

Por cierto, no estoy imaginando a América Latina y/o al Caribe en busca de ningún tipo de hegemonía mundial. Sólo se plantea que nuestros indicadores de poder, es decir todos aquellos que nos deberían permitir niveles de bienestar y seguridad-libertad razonables, deben repartirse a nivel mundial equitativamente, de acuerdo a las cantidades de población.

Mi propuesta es que nuestra región, para mediados del siglo XXI, debe alcanzar ese nivel: equiparar el porcentaje de poder con el porcentaje de población. E insisto en que este planteamiento lo hago desde la equidad que nos debemos a nosotros mismos: el porcentaje de poder que nos debemos en el reparto global, y ello debe ir acompañado de una militancia con el progresivo desarme de la región y del mundo. La inversión en militarismo tiene en nuestros países una repercusión positiva bajísima en el resto de los indicadores de poder y una repercusión negativa alta, pues impide invertir esos recursos en educación, ciencia, salud y otros rubros más humanistas y reproductivos. No conozco si existe un ranking para medir en que países las fuerzas armadas han matado menos conciudadanos en las últimas décadas o en el último siglo: miremos a Costa Rica como un ejemplo. Las fuerzas armadas deben transformarse progresivamente en organismos encargados no de la guerra y ni siquiera de la defensa en primer lugar, sino de la seguridad. Son los organismos mejor capacitados para hacer frente a catástrofes, epidemias o amenazas ambientales. Ya el cambio de nombre ayudaría: “fuerzas de seguridad”, suena mucho mejor.

Ahora bien, esta formulación sobre el des-estancamiento no alcanza toda su potencia si no se alude a los agentes que deberían realizarlo. Los aparatos del Estado de nuestros países, tantas veces demasiado precarios e inmedatistas y tantas veces asaltados por hordas de bandeirantes, piratas y calabreses, no han sido capaces de concertarse para transformar nuestras pequeñas energías en sinergia. No se trata sólo de nuestros estados. Éstos no son sino los que nos hemos merecido, por cierto somos todos responsables. Tan responsables somos, que la intelectualidad latinoamericana poco se ha planteado seriamente el problema. Y es importante que lo haga, especialmente sobre aquella cuestión que más le compete y que es la clave para el des-estancamiento: la producción de ciencia, tecnología y cultura, la formación de capital humano y, más en general, la producción y difusión del conocimiento.

Quizás debería expresarme con mayor dramatismo, pero no estoy imaginando que debo detener a pueblos que corren hacia un precipicio. Se trata más bien de una lenta decadencia de pueblos que no logran encontrarse a si mismos y que van dando palos de ciego. O ni siquiera eso. En doscientos años debería acertar alguno de sus palos. Algunos países latinoamericanos nunca dieron un palo al gato. ¿Cómo es posible que países con intelectuales brillantes y profundos, reflexivos e influyentes, a veces, no logran mínimos aciertos?

Los españoles estuvieron en su punto más bajo hacia 1900. Su intelectualidad intentó tres cosas: asumir que España había sufrido derrotas y humillaciones; descubrir cuales eran las causas, mediatas e

inmediatas, de tan triste situación y por último, ponerse a nivel de los vecinos, sin resignarse a que el país fuera expulsado de Europa. Creo que hay consenso que un siglo después, está mucho mejor: en democracia, en niveles de vida, en desarrollo humano, en libertad, en respeto de las diferencias. No sé si su comida ha mejorado, pero no se puede pasar del primer lugar hacia arriba. España tenía su época dorada, América Latina nunca la ha tenido y esto lleva algo a nuestro favor: no podemos imaginar políticas restauracionistas, no tenemos esa tentación tradicionalista y reaccionaria de contemplarnos en el espejo de pasado. No podemos copiar a España ni en uno ni en otro sentido, pero que nada de lo humano nos sea extraño y ojalá que seamos capaces de aprender de todos y particularmente de quienes lo han hecho bien.

Nuestra intelectualidad ha asumido que somos pobres y sin poder, pero como nunca fuimos ricos ni poderosos no siente la humillación de la española. No hemos caído desde lo alto, siempre hemos estado a ras de suelo. Nos gustaría estar más alto pero no tenemos la rabia, ni el empecinamiento ibérico. Nosotros tenemos buenas razones para seguir abajo puesto que no somos españoles. Pero también estamos peor, mucho peor que alemanes y japoneses que fueron destruidos por la II Guerra. Sí, responde la intelectualidad latinoamericana, pero a ellos USA les ayudó mucho. No hemos tenido los avances científicos ni industriales de los rusos. Ah, pero ellos tienen un país inmenso. Tampoco hemos tenido el desarrollo económico de Singapur. No, es que para ellos es muy fácil, poseen un pequeño territorio y no tienen que lidiar con nuestras grandes dimensiones. Tampoco podemos compararnos con los europeos, dicen algunos, pues nuestras naciones son muy jóvenes ni con australianos y canadienses porque llevamos el peso colonial y porque (no se atreven a decirlo en público) ellos no tienen nuestra diversidad racial. Entonces Latinoamérica tiene todas las razones para ser lo que es. Una intelectualidad acrítica, torpe y con un complejo de inferioridad secular no tiene argumentos, sólo tiene “salidas” o “escapes” para no enfrentar el (su) problema.

¿Serán l@s jóvenes, particularmente la juventud universitaria, capaces de actuar mejor que sus mayores? ¿Qué condiciones deben cumplirse para que ello sea posible? Porque hubo generaciones anteriores que contribuyeron con las mejores intenciones a destruir la universidad, la ciencia y la cultura del conocimiento. Entre otras cosas, eso mismo contribuyó para que tanta juventud con talento fuera expulsada o decidiera abandonar nuestra región.

No es imaginable la igualdad o la justicia a nivel global si no es sobre la base de cierta equiparación de los grados de poder y de conocimiento. No es imaginable una justicia sobre la base de la caridad de unos pueblos y de la inepticia de otros. Por cierto, no basta equiparar la producción de conocimiento para alcanzar la justicia mundial. Inciden en ello numerosos elementos, pero éste es necesario y uno de los más importantes.